

Cambios de Vida

Victor Guerra Fernández

**Esto es un pequeño fragmento de lo que te
espera en la novela.**

**¿Crees ser capaz de contener tus
emociones?**

Capítulo 1- La llamada

Eran las seis de la mañana cuando sonó el teléfono móvil.

Ring, ring, ring, ring...

Al ir a cogerlo, Víctor vio que la llamada era de Cristian, por lo que decidió no colgarle, ya que era muy temprano y no era normal que le llamara a esas horas y más después de haber estado desaparecido durante unos días sin dar señales de vida.

—¡Ya puede ser importante para que me llames a estas horas! —respondió con voz entre dormido y mosqueado.

—¡Tío, estoy metido en un marrón muy grande! —contestó Cristian asustado.

¡Víctor se despertó de golpe! Sentándose en la cama y apoyando la espalda en el cabezal, le dijo:

—A ver, tranquilízate. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—No, me he metido en un fregado muy grande y no sé cómo salir. La he cagado mucho. Estoy perdido —explicó Cristian mientras le temblaban las manos.

—Si no me cuentas qué te ha pasado, no puedo ayudarte.

—Es que no sé —respondió con la voz temblorosa.

—A ver, ¿dónde estás? Que voy para ahí, nos vemos y hablamos tranquilos.

Cristian estaba tan paralizado que le costaba expresarse.

—No sé cómo explicarte donde estoy, pero necesito verte.

En ese momento, a Víctor se le ocurrió un sitio.

—¿Te va bien vernos en media hora en el bar que está al lado de tu casa?

—Sí, gracias. Ahí nos vemos —respondió Cristian un poco más aliviado.

Capítulo 2 - La celebración

Dos semanas antes

—Es la última vuelta, los motores de los coches están que echan humo, no sabemos si los neumáticos van a aguantar. Como marcaban las predicciones, Toni y Cristian están haciendo una carrera impresionante. La gente está eufórica, no sabemos cuál de los dos puede ganar.

»Están a punto de llegar a la última curva, después de esta solo nos queda la recta. Aquí, en la curva, se decidirá todo. ¡Quien se ponga a la cabeza tendrá las de ganar! ¡Señoras y señores! ¡¿Quién se llevará la copa hoy?!

»¡Aquí están, parece que Toni tiene ventaja! Están llegando a la curva y Toni tiene la mejor posición. ¡Le está cerrando el paso a Cristian!

»Cristian está intentando posicionarse antes de la última curva, pero se lo están poniendo muy difícil. ¡Pero qué es esto! Cristian lo intenta por el interior en el último momento. ¡Se la ha jugado, es increíble, acaba de adelantar por el interior en el último instante! ¡Pero aquí no acaba todo! Están muy igualados, van uno al lado del otro en la recta, ¡solo el coche y el conductor más rápido será capaz de llegar el primero!

»¡Los retrovisores están chocando!, ¡no sabría decir quién será el ganador!

»¡Y aquí los tenemos, llegando a la meta! Y el ganador es...

—Menuda carrera, Cristian, es alucinante, al final se ha tenido que mirar por la cámara para saber quién había ganado. Ha estado muy igualado —dijo Juan eufórico.

—Sí, Toni es un gran rival, pero no se lo digáis, si no se lo tendrá muy creído. Bueno, esta noche lo celebramos como Dios manda, ¿no? —quiso saber Cristian con gran alegría —¡Víctor, encárgate de llamar a todos y queda con ellos, que es sábado y el cuerpo pide fiesta!

—¡Hecho, pero recuerda que hoy invitas tú!

Ya era de noche y los seis amigos estaban celebrando la victoria de ese día en un restaurante de Barcelona. Tenían planeado irse de fiesta y luego continuar en casa de Cristian; piscina, bebida y lo que surgiera esa noche. Pero no todo en la vida sale como esperamos. Los planes, cuando menos te esperas, cambian.

De repente, aparecieron unas personas y al reconocer a Cristian se hicieron fotos con él. Ellos les ofrecieron ir a una fiesta privada. Era un lugar donde solo se puede entrar con invitación. Cristian les dijo que no sabían si irían, que tenían planes para esa noche, pero que lo hablarían mientras cenaban y que les dirían algo cuando acabasen. A eso no hubo ningún problema, aunque les pidieron que recordaran que las oportunidades hay que aprovecharlas, ya que no siempre se puede ir a estos eventos tan exclusivos.

Durante la cena hablaron de si acudir o no a esa fiesta, pero sabían que una oportunidad así no se presenta habitualmente. De ese modo, Cristian, Víctor, Juan, Noa, Izan y Félix, fueron a la mesa donde se encontraban las personas con las que se había tomado fotos para decirles que se habían decidido y que querían ir a la fiesta.

Al poco, recibieron una invitación por móvil, la cual les otorgaba la ubicación y el acceso al lugar.

Era un lugar oculto. Un lugar donde, para bien o para mal, cambiaría la vida de los seis amigos.

Capítulo 3 - La limusina

Al salir del restaurante a Cristian le llegó un mensaje donde le indicaba una ubicación a la que dirigirse, así que decidieron solicitar un Uber para los seis.

Era todo un poco extraño, el emplazamiento era un lugar residencial. No había ninguna explicación más en el mensaje. Pero al llegar al lugar, de pronto, le volvió a llegar otro mensaje:

«Responde con el número de personas que asistirá a la fiesta y se te otorgará un código de entrada».

Era todo un misterio y daba un poco de miedo, pero, a su vez, la curiosidad que sentían los seis hacía que fuera una aventura increíble.

Al responder, le llegó un código y un mensaje, el cual tenían que presentar al conductor y en el lugar para poder entrar. En él decía que en breve llegaría una limusina con matrícula 3344CRM y los recogería para llevarlos al sitio.

Cuando apareció la limusina, el conductor escaneó el código y les dijo que se pusieran cómodos, que podían beber y bailar todo lo que quisieran, pero que no se pasaran bebiendo porque la gran fiesta estaba por

llegar. Que aproximadamente en una hora estarían en el lugar donde se celebraba.

Dentro de la limusina había seis personas: cuatro chicas y dos chicos. El ambiente comenzaba a animarse cada vez más.

Al entrar a ella, todos se presentaron.

—Hola, me llamo Noa y ellos son Cristian, Víctor, Juan, Félix e Izan, mi novio. ¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Olivia, ellas son mis amigas Sandra, Laura y Ana. Ellos son Eric y Carlos, que al igual que a vosotros los hemos conocido hoy —comentó Olivia para dejar claro que no estaban juntos.

—¿Habéis ido más veces a este tipo de fiestas? —se interesó Víctor.

—No, nosotras es la primera vez que vamos. Eric y Carlos nos han invitado.

—Nosotros es la segunda vez que acudimos a un evento de este estilo. Ya veréis cómo os lo pasáis en grande. Vais a alucinar. En vuestra puta vida habéis ido a un lugar como este —dijo Eric con aires de grandeza.

Eric y Carlos intentaban hacerse los importantes, llamando la atención para poder enrollarse con alguna de las chicas. De lo que no se daban cuenta es de que

parecían más babosos que otra cosa. Eran muy pesados, continuamente haciéndose los importantes, y eso a ellas no les gustaba, nada más los utilizaron para poder entrar a ese lugar. Una vez dentro, la intención que tenían era pegarse la fiesta y pasarlo genial.

En la limusina comenzaron a beber y a gozar de la música. Las chicas empezaron a disfrutar más de la compañía al llegar Noa y sus amigos.

Hicieron buenas migas, no paraban de reírse. Antes de llegar al lugar ya había dos grupos: Carlos y Eric, que solo hablaban entre ellos y los demás, que durante el viaje no paraban de bailar, beber y reírse.

En la limusina empezaron a surgir miradas y roces, los cuales encendieron el ambiente. El poco espacio de la limusina hacía que los roces fueran muy cercanos. En uno de los momentos, las miradas de Víctor y Laura comenzaron a ser una, mirándose fijamente a los ojos, rozando nariz con nariz, bailando muy pegados al ritmo de la música, acariciándose la mejilla y apartándose el pelo de la cara. El ambiente empezaba a estar muy caliente y comenzaron a besarse. Primero un beso suave, en el que Víctor le dio un pequeño mordisco en los labios, haciendo que ella quisiera otro más. De pronto, él le puso las manos en el culo cogiéndola con efusividad sin acordarse de que estaban en una limusina, con lo que ella se golpeó la cabeza contra el techo. Hubo un segundo de silencio, pero pronto Laura

comenzó a reírse y besó con más ganas a Víctor. Todos se unieron a las risas de la pareja.

La fiesta continuó. Cristian, Ana y Olivia iban asomándose por la luna del techo, gritando, sacando la adrenalina que llevaban dentro mientras les daba el aire en la cara. Noa e Izan estaban enrollándose en un asiento, mientras Juan, Félix y Sandra seguían bailando y bebiendo champán.

El trayecto se les hizo corto. Cuando menos se lo esperaban, llegaron a una zona que no conocían. De pronto, la música dejó de sonar y el conductor, con voz fuerte e imponente, les indicó que se sentaran y no armaran escándalo en ese momento. Era la primera vez en todo el trayecto que les dijo lo que tenían que hacer.

Automáticamente, todos se sentaron y se callaron.

La entrada era enorme, con vigilantes en la puerta. El ambiente había cambiado, pasando de estar de fiesta a sentirse cohibidos.

Una vez que entraron por la puerta, vieron un camino que llevaba a una casa enorme y pensaron que allí era donde tendría lugar la fiesta. O que esto era una trampa e iban a secuestrarles. Mil cosas pasaban por sus mentes en ese momento.

De repente, se dieron cuenta de que el coche no paraba, sino que seguía rodeando la casa. Entonces comenzaron a ver luces y escuchar música. Ahora sí

que sabían que habían llegado a su destino y sus cuerpos y caras comenzaron a relajarse. Volvieron a la tranquilidad, se podía decir. Porque ahora les invadía una euforia que necesitaban sacar. Y qué mejor manera que hacerlo con la mejor fiesta de sus vidas.

Al bajarse de la limusina vieron que tenían que pasar por otro control más.

Capítulo 4 - La fiesta

Había un control increíble. En primer lugar, les pidieron de nuevo los códigos de invitación, así que tanto Carlos como Cristian los enseñaron y pudieron pasar todos. A continuación, tenían que pasar por un arco detector de metales.

Luego les dirigieron a una sala donde había una especie de guardarropa que funcionaba de manera digital. En ese lugar les esperaban dos chicas, que por la vestimenta parecían azafatas de vuelo. Ellas les explicaron cómo funcionaba todo, y se aseguraban de que en todo momento cumplieran con las normas que les indicaban.

A cada uno le correspondía una taquilla que se activaba al colocar las huellas. Les dijeron que dejaran todo lo que quisieran en ella para que de esa manera no les molestara mientras disfrutaban de la fiesta, pero que sí o sí, los móviles estaban prohibidos. Tenían que apagarlos y dejarlos en las taquillas.

A ninguno le hacía gracia dejar el teléfono, estaban en un lugar desconocido, con gente que no conocían, pero el ambiente era muy bueno como para dejar escapar esta oportunidad. Así que se miraron y los dejaron dentro, llegando al acuerdo de que ninguno se quedaría solo.

—No prometemos nada —saltaron las voces de Olivia y Juan.

—Sabéis cómo me pongo, se me va la cabeza con la fiesta. Así que lo intentaré —insinuó Juan.

—Lo mismo digo —dijo Olivia mientras se reía.

¡Los demás se miraron y comenzaron a reírse!

—¡Vaya dos, tal para cual!

Ya estaban listos para entrar en la fiesta, cuando una de las chicas les indicó el camino por donde debían continuar, pero antes de abrir la puerta dijo:

—Existen unas normas para esta fiesta y antes de entrar tenéis que escucharlas.

»La primera es que tenéis que respetar a todo el mundo, no se admiten peleas en este lugar, cualquier pelea será severamente erradicada. Como veis hay mucha vigilancia y no queremos que ninguno de vosotros sufra ningún daño.

»La segunda es que podéis hacer lo que queráis mientras no interfiera con la primera norma. Podéis ir desnudos, enrollaros con quien queráis, follar donde más os plazca, bañaros en la piscina climatizada, bailar y beber todo lo que os guste.

»Y la última y más importante es que lo que sucede en este lugar, nunca ha sucedido.

»Ahora sí, ya podéis entrar y disfrutar de la fiesta.
¡Adelante!

En ese momento, cuando abrieron la puerta sintieron como una bocanada de aire iba hacia ellos repleta de música. Un subidón invadió sus cuerpos en ese momento. Daba la sensación de que estuvieran en una especie de película, no parecía real una fiesta tan tremenda.

Se podían observar bailarinas en lencería subidas en varios podiums. Camareras y camareros en ropa interior repartiendo copas a las personas que estaban por la zona. Gente enrollándose en sofás y otra follando en la piscina. Al final se veía un escenario con un DJ bajo el cual había mucha gente bailando y pasándose lo espectacular. Esto parecía un sueño. Ninguno de ellos había pensado en llegar a ver o que incluso existieran fiestas de esta magnitud.

La expectación hizo que se quedaran un poco cohibidos. No sabían dónde ir o qué hacer, salvo Juan y Olivia que al entrar por la puerta y ver el panorama, lo primero que hicieron fue coger una copa e irse a bailar frente al escenario como si aquella situación fuera lo más normal del mundo.

Al poco, todos comenzaron a darse cuenta de que en esa fiesta había gente muy influyente. Se podían encontrar personas de alto cargo en el gobierno y famosos como actores o *influencers*. Fue entonces

cuando Víctor se dio cuenta de que esa fiesta tenía que estar organizada por alguien muy poderoso. Alguien que puede manejar o cambiar la vida de cualquier persona. Aunque en ese momento ninguno se preocupó mucho, se encontraban en la mejor fiesta de sus vidas y no era el momento de desperdiciarla.

¡Todos cogieron una copa, la alzaron y brindaron por la mejor noche de sus vidas!

Sin saber que eso solo era el comienzo.

Los capítulos 5, 6 y 7 los podrás ver en el libro, pero te dejo un poco más. No quiero que te quedes con mal sabor de boca. La fiesta continua.

Capítulo 8 - Momentos de la fiesta de Cristian, Sandra, Félix y Ana

Al principio todos estaban juntos bailando y tomando copas, pero Cristian, Sandra, Félix y Ana decidieron explorar la zona, porque parecía que la fiesta no solo se encontraba en ese lugar.

Efectivamente, no se equivocaron y pasaron por varios sitios.

El primero era una especie de casino; había algunas mesas y se veía cómo la gente que se encontraba allí apostaba una cantidad de dinero impresionante.

Luego pasaron a una zona de cócteles y chupitos con juegos.

Decidieron entrar sin fijarse en el cartel que indicaba que una vez dentro, el juego comenzaba y si no realizaban la primera misión que ponía en la carta, perdían una prenda. Se podían marchar cuando quisieran después de la primera prueba o continuar jugando.

Fueron directos a la barra y le preguntaron al camarero qué les recomendaba beber. Él, al verlos, se dio cuenta de que no sabían que se habían metido en una zona de juegos. Les enseñó el cartel en el que ponía lo que tenían que hacer.

Entonces se dieron cuenta de que no podían salir de allí sin jugar la primera ronda.

Tenían una sensación de miedo e incluso vergüenza porque no sabían qué les iba a tocar hacer. El camarero les comentó que las pruebas solían ser al azar, pero al entrar los cuatro juntos les dijo que no se preocuparan, que podrían realizar las cuatro pruebas entre ellos.

—¿Cómo que cuatro? ¿No es solo una prueba?
—preguntó Ana sorprendida.

El camarero comenzó a reírse y les indicó que era una prueba por persona. Y que si querían irse también sería una prenda por persona.

—¿Estáis decididos a jugar? Os informo que preparo los mejores cócteles del mundo. Solo por este motivo merece la pena que juguéis.

Hubo un segundo de silencio mientras se miraban entre ellos, pero Félix fue el primero en decir que sí jugaba y a continuación los otros tres también dijeron emocionados que se apuntaban.

El camarero sacó cuatro tarjetas, como si del Monopoly se tratara, y las puso boca abajo. A continuación, colocó los vasos de chupito delante de cada tarjeta. Lo siguiente fue preguntarles si querían algo fuerte o suave y que si tenían algún tipo de alergia alimentaria. Todos respondieron que no eran alérgicos a nada y en cuestión de la bebida Ana fue la primera en contestarle:

—Yo quiero algo que merezca esta prueba, que no sea ni fuerte ni suave. Una que me sorprenda. A ver si eres capaz de hacerlo, ya que insinúas que es el mejor sitio del mundo.

Eso fue todo un desafío para el camarero, el cual se sintió halagado, porque la mayoría de las personas suelen elegir una bebida fuerte para aparentar o simplemente para perder el miedo o la vergüenza, sin llegar a pensar que en la boca tenemos uno de los sentidos que nos pueden transportar a muchos lugares.

—¿Entonces todos queréis un chupito sorpresa? —dijo emocionado.

Ellos afirmaron inmediatamente con la cabeza.

El camarero comenzó a hacer su magia, cogió la coctelera y empezó a mezclar pequeñas cantidades de bebidas. En un momento dado, molió una mezcla de frutas que olían muy bien y transmitían frescor. De

repente, cuando menos se lo esperaban, cambió los vasos de chupitos por unos que eran de hielo muy fino, pero de un color extraño.

—¿Estáis listos? En cuanto ponga el cóctel en el chupito tendréis solo unos instantes para meterlo en la boca, todo entero, vaso incluido. El hielo es muy fino y en contacto con la mezcla se derretirá en segundos y es esa la explosión que me habéis pedido. Por cierto, cerrad los ojos y disfrutad del momento —aconsejó el camarero—. ¿Preparados? Una, dos y TRES.

El barman rellenó los chupitos, estaban preparados, cogieron los chupitos con rapidez y se los metieron en la boca. Esta se llenó de frescor y comenzaron a notar cómo el vaso se iba deshaciendo. Era una sensación similar a cuando muerdes un bombón relleno de crema de chocolate y el chocolate envuelve tu lengua, pero con un sabor frutal. Al principio, era como sabor a mora. Luego tu mente se transportaba de golpe a un sitio como el Caribe; fresco y suave. Y para rematar, cuando ya te lo habías bebido, te dejaba un gusto suave, pero a la vez intenso. Daban ganas de probar otro y seguir jugando.

Estaban alucinados, jamás habían pensado que una bebida podía llegar hacer ese efecto. Pero ahora era el momento de levantar sus tarjetas.

Capítulo 9 - Las pruebas

La primera en levantarla fue Ana. Todos la miraban, esperando que dijera qué le había tocado hacer.

Ana, en ese momento, estaba alucinada; no se veía capaz de hacer una cosa como esa en su vida. Se la enseñó al camarero, el cual rápidamente indicó que pusieran música sensual y le trajo un hielo. Ella cogió una silla, sentó a Cristian y comenzó a bailar sensualmente como si de una bailarina de *striptease* se tratara, pasando el hielo por sus pechos, los cuales, con la fricción y el frío, comenzaron a endurecerse. A medida que iba bailando y agachándose, comenzó a subirse la falda metiendo el cubito en sus partes bajas.

Luego, antes de que se derritiera del todo, lo sacó y se lo puso en la boca, sentándose encima de Cristian y besándolo mientras le pasaba lo que quedaba del hielo.

Sandra no se lo podía creer, así que cogió la tarjeta de Ana y la miró.

En la tarjeta ponía que tenía que escoger a una persona que le pareciera sexi, hacerle un baile sensual mientras se pasaba un cubito por todas y cada una de sus partes más íntimas, coger el cubito, metérselo en la boca y pasárselo a la otra persona mientras lo besaba.

—Yo ya he cumplido, ¿quién será el siguiente? —dijo Ana rápidamente. En su interior se sentía eufórica y estaba alucinando ya que jamás en la vida se imaginaba haciendo algo así.

—Yo mejor me quedo unos segundos más sentado.
—dijo Cristian al estar muy cachondo. Al oírle, todos comenzaron a reírse.

—Venga, ahora me toca a mí —exclamó Félix mientras cogía una de las tarjetas.

En ella, lo primero que ponía en letras mayúsculas era: «Vas a llorar». Preocupado, se la dio al camarero.

Este se puso una mascarilla y unos guantes, y preparó uno de los chupitos más fuertes que tenía.

Luego, agarró un vaso muy grande y lo llenó de leche.

Por último, los miró y sacó un táper que contenía una de las guindillas más picantes del mundo. Nada más abrirlo, podía sentirse en los ojos que eso picaba muchísimo, que no era una guindilla común.

Félix no paraba de ponerse la mano en la cabeza y dar vueltas. Tenía miedo, pero no podía acobardarse. La presión le podía, indicándole que no podía ser un gallina.

Cuando se sintió con fuerza, miró hacia la barra y fue hacia ella. Agarró el chupito y, sin pensarlo, se lo bebió de un trago. Después cogió la guindilla y se la comió.

Comenzó a ponerse rojo y caminó de un lado a otro mientras se le saltaban las lágrimas. Aguantó hasta que

no pudo más y se abalanzó sobre el vaso de leche pidiendo que le pusieran otro más, ya que uno no era suficiente.

Las risas comenzaron de nuevo ante ese momento tan cómico.

Pero Sandra y Cristian se miraban un poco preocupados, pensando qué podría tocarles a ellos.

—Bueno, como veo que aún sigues cachondo, seré yo la que levante la siguiente tarjeta —dijo Sandra mientras miraba a Cristian y se reía. Aunque era todo fachada porque, en realidad, estaba acojonada hasta que vio lo que le tocó—. Juega a piedra, papel, tijera con alguien, gana tres partidas, pero cuando pierdas tienes que beber un chupito. Cada vez que ganes, tu contrincante se beberá tu chupito —leyó Sandra en voz alta, aliviada.

—Ni se te ocurra elegirme a mí, por favor. No estoy en condiciones de beber ni un chupito ahora mismo, si lo hago soy capaz de echar la cena —comento Félix mientras le seguían cayendo gotas de sudor por la frente.

—No te preocupes, yo seré su contrincante, necesito unos tragos —afirmó Ana, que aún pensaba en el baile que había hecho.

—Comienza el juego. ¡Piedra, papel, tijera!

Sandra comenzó bebiendo el primer chupito. El segundo fue para Ana, la cual lo agradeció. El tercero volvió a ser para ella y ese ya no le pareció tan bien, porque los chupitos eran cada vez más fuertes.

—Estos chupitos no tienen nada que ver con el primero que nos has servido —le indicó al camarero.

Sandra estaba muy contenta, solo le quedaba ganar una partida más para superar la prueba.

El juego continuaba y Sandra perdió dos veces seguidas. Ya no estaba tan segura de que el juego fuera tan fácil. Los chupitos eran muy fuertes y tanto la garganta como el estómago lo notaban, porque le ardían.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho más para ganar, ya que, en la siguiente partida, Ana perdió.

Ana alzó el chupito y miró a Cristian.

—¡Por ti y por tu tarjeta!

Cristian ya estaba en pie y se dirigió hacia la barra a coger su tarjeta. Al levantarla, pensó que, en ese momento, no sabía si era la peor carta o la mejor. Decía lo siguiente: «Sienta a tres personas con los ojos vendados y átales los brazos a la espalda. Ellos no tienen que saber lo que va a ocurrir hasta que les llegue el momento».

Ahora Cristian tenía que coger un papelito donde estaban los nombres de sus amigos. A cada uno le iba a tener que hacer una cosa diferente, la cual también iba a ser echada a suerte.

En el primer papelito salió Sandra. Cristian cogió un cubito de hielo y comenzó a pasarlo por el cuello de ella, subiendo hacia los oídos, para dejarlo caer por el canalillo deritiéndose sobre el vestido.

En segundo lugar, le tocó a Félix. Por desgracia, parecía que no era su noche de suerte. Cristian se acercó a él, en su mano derecha llevaba la cubitera llena de hielo y en su mano izquierda solo llevaba un cubito que comenzó a ponerle en los labios. Félix se relajó, ya que aún tenía palpitaciones en los labios provocadas por el picor. Cristian le metió el hielo en la boca y rápidamente le abrió el pantalón y los calzoncillos, y le vació la cubitera entera. Félix comenzó a gritar y a insultarlo.

Ahora solo quedaba Ana, que tras escuchar los gritos de Félix estaba empezando a asustarse. Cristian tenía muchas ganas de ella. Ansiaba devolvérsela, pero no esperaba que le llegara el turno tan rápido.

Comenzó a caminar hacia ella y se colocó detrás susurrándole al oído que más tarde tenían que hablar del hielo que le había hecho comer. Cristian empezó a acariciarla suavemente los hombros, bajando hasta la

cintura, provocándole escalofríos. Se colocó frente a ella y continuó acariciándola, subiendo por sus piernas desde los tobillos, metiendo las manos a través del vestido y quitándole la ropa interior, la cual notó que estaba mojada.

—Si la quieres recuperar tendrás que ganártelo —le susurró al oído.

El camarero, en ese momento, les quitó las vendas y les desató. Nadie, excepto Cristian y el camarero, sabía lo que le había sucedido al resto.

Cristian tenía en su bolsillo el tanga de Ana y no paraban de mirarse. Ana susurraba para sus adentros, «cuando te coja te vas a enterar».

Félix estaba chorreando y deseando quitarse todo el hielo.

Sandra no paraba de reírse, el alcohol había comenzado a subirle y la vergüenza se le había ido con el segundo chupito.

—Veo que lo estáis pasando bien, ¿os apetece otro chupito y continuar con los juegos? —dijo el camarero riéndose.

—Hasta luego, Mari Carmen —dijo Félix de inmediato, abrazando a sus amigos y llevándolos a la salida.

Salieron por otra puerta diferente a la que habían entrado. Llegaron a un sitio que no se esperaban. Era como una especie de acantilado, con unas vistas al mar increíbles, donde la luna llena se reflejaba en el mar.

De ahí, partía una sinuosa carretera que bajaba directamente a la playa en donde se veía otra fiesta a la que tenían intención de llegar.

Capítulo 10 - Próximo destino: la playa

Cristian se fijó en que algunos coches no dejaban de bajar y subir por la carretera a toda velocidad, ya que todos ellos llevaban luces de neón en la parte baja y a medida que iban circulando dejaban una estela detrás.

De pronto, se escuchó un ruido extraño, se había activado alguna maquinaria. Al girarse se dieron cuenta de que era un remontador, así que fueron a preguntar si los podían bajar a la fiesta de la playa.

—Apartaos, están subiendo personas muy importantes, además este remontador solo lo puede utilizar el personal acreditado. Si queréis ir a la playa tenéis que hacerlo por la carretera, los conductores de los coches os llevarán —dijo el guarda de seguridad con cara de pocos amigos.

Dieron las gracias al vigilante y se dirigieron hacia el lugar de donde salían los coches, pero de repente escucharon:

—¡Perdonad!, ¿alguno de vosotros se llama Cristian? —preguntó el de seguridad mientras venía corriendo.

—Sí, soy yo, ¿por qué? ¿Pasa algo?

—Mi jefe ha creído reconocerte y le gustaría hablar contigo.

—Estoy con mis amigos y me parecería mal dejarlos solos —respondió Cristian mientras pensaba que a lo mejor eran los hombres del restaurante y tenía claro que no quería quedarse solo, aunque sentía curiosidad por saber quién le había reconocido.

—No te preocupes, pueden venir todos. Será un minuto. Gracias.

La autoridad que les transmitió al principio el vigilante de seguridad en el elevador había desaparecido. Ahora parecía una persona dócil y manejable.

En ese momento, les dio un poco de coraje cambiar los planes, ya que tenían muchas ganas de llegar a la playa y seguir la fiesta. Ninguno quería que le llegara el apagón al cuerpo.

—Quizá luego podamos bajar por el elevador —comento Sandra, contenta, ya que pensaba que con lo que había bebido y las curvas seguro que echaba la pota.

El de seguridad les llevó a una sala que había al lado del elevador. En la puerta ponía: «privado, solo personal autorizado». Cada vez estaban más intrigados. Una vez dentro, vieron un pequeño pasillo que llevaba a una puerta grande y doble, con mucha presencia.

El de seguridad llamó a la puerta, que se abrió y les indicaron que podían pasar. Al entrar, se quedaron de piedra. Había cuatro mujeres en ropa interior bailando y bebiendo, y tres hombres sentados en diferentes sofás enrollándose con otras mujeres. Pero lo que más les llamó la atención fue la persona que estaba en mitad de la sala, muy trajeada y con dos mujeres a los lados; una estaba preparando rayas de coca para muchas personas, mientras la otra se metía una.

—Bienvenidos. ¡Pasad! ¡Pasad! No seáis tímidos.
—dijo esa persona mientras se iban cerrando las puertas detrás de ellos.

Capítulo 11 - El jefe

—Sabía que tú eras Cristian, tengo muy buena memoria para las personas que conducen de puta madre, y me llegaron rumores de que esta noche podías aparecer en mi fiesta.

Todos estaban impactados y muy sorprendidos, ya que ninguno sabía quién era él.

—Me llamo Fran, pero no os quedéis ahí parados, ¿os apetece tomar algo? —Enseguida, sin que les diera tiempo a contestar, llamó a las chicas que estaban bailando y les ordenó que les pusieran de beber lo que quisieran—. Si lo que queréis son drogas, también lo podéis pedir. Lo que queráis: coca, cristal, pastillas... No dudéis en pedir lo que más os apetezca, que hoy es una gran noche.

Fran le puso la mano en el hombro a Cristian y se lo llevó para hablar con él un momento, mientras los demás, no perdieron la oportunidad y pidieron un par de copas para no perder la entonación.

—¿Cristian es piloto de carreras? —preguntó Ana. Fue cuando Félix le explicó que hoy estaban celebrando su victoria y cómo habían llegado hasta ahí.

—Me ha gustado mucho cómo has ganado hoy, te felicito. Pero este no es el motivo por el que te he traído

aquí —explicó Fran mirando a Cristian fijamente—. La verdad es que he creado unos prototipos de motor que van a dar mucha guerra en las carreras. Y quiero que tú los pruebes y los pongas al límite. ¿Qué me dices?

—Claro que sí, yo encantado, no hay ningún problema —le contestó Cristian, ilusionado.

Fran le puso las manos en los hombros y le miró fijamente. En ese momento, Cristian no supo si había hecho bien, ya que la cara de Fran daba mucho miedo. Un segundo después, le dio dos fuertes palmadas en la espalda y se metió una raya como si nada.

—Una cosa más, chavales, me he enterado de que queréis bajar a la playa. Pues lo vais a hacer como nadie lo ha hecho jamás —dijo Fran riéndose.

En ese momento pensaban que era genial y que iban a bajar por el remontador.

Fran los acompañó, dejando al resto de personas en la sala, menos al de seguridad, que le seguía muy de cerca.

—Muchas gracias por ayudarnos a bajar más rápido a la playa —dijo Sandra contenta.

—Es un placer, preciosa —Fran no paraba de reír, parecía muy feliz. Al salir por la puerta y llegar al remontador se paró—. ¿Veis esto?, todo es mío, como

veis, me encantan tanto las carreras que tengo hasta mi propia carretera. Estoy tan acostumbrado a los coches que incluso creo que podría bajar con los ojos vendados.

Fran miró a uno de los guardas de seguridad que había ahí, chasqueó los dedos y todo comenzó.

Estaban sacando un coche del garaje, era muy parecido a los que utilizaban para bajar a las personas, pero este solo tenía un asiento. Nada más escuchar el rugido del motor se te ponían los pelos de punta. Te dabas cuenta de que ese coche no tenía un motor normal.

La ilusión de bajar en el remontador se esfumó en cuestión de segundos.

Uno de los coches que estaban usando para subir a las personas lo pusieron al comienzo de la carretera junto al coche que habían sacado del garaje. Fran les indicó que podían subir los cuatro, que él bajaría en el coche de al lado, así que todos se montaron en él. Cristian les dijo que se pusieran el cinturón, pero no hacía falta, ya lo tenían todos puesto. De golpe, aparecieron dos coches más y se colocaron detrás.

Esto comenzaba a dar mala espina, pero las puertas del coche ya no se abrían. Uno de seguridad les indicó que iban a bajar sí o sí y que las puertas solo se abrirían abajo. Eso les dejó muy acojonados.

—¡Dejadnos salir! —gritaban Ana y Sandra atemorizadas por la situación.

—Tranquilizaos todos. Solo tenemos que bajar conduciendo, no habrá ningún problema —exclamó Cristian para calmarnos.

De repente, se silenció todo el lugar. En las pantallas comenzaron a anunciar el espectáculo de la noche. Fue entonces cuando Víctor y los demás se percataron de que estaba pasando algo y salieron corriendo para ver dónde estaban sus amigos.

Capítulo 12 - La carrera

—Mira, chaval, no me vas a poder ganar, pero no te preocupes por eso. Lo único que tienes que hacer es llegar abajo y sobrevivir —dijo Fran por la ventanilla a Cristian mientras estaba apoyado en el coche.

Fran se colocó un casco negro y entró en su coche, los demás conductores también llevaban casco, mientras que Cristian, Félix, Ana y Sandra no paraban de temblar dentro del coche. Cristian no paraba de decirse a sí mismo, «tranquilízate, tranquilízate, es solo conducir, lo haces todos los días». En ese momento se calmó y tomó las riendas de la situación.

Mientras, en todas las pantallas comenzaban a anunciar el acontecimiento.

—¡Con ustedes llega el evento especial de la noche! ¡La bajada más terrorífica! ¡Sí, ya la tenemos aquí! ¡Para esta noche especial, tenemos como conductor invitado a una estrella de las carreras! ¡Hoy se encuentra celebrando su gran victoria, ha alcanzado un nuevo título en el mundo del motor! Con ustedes... ¡Cristian y sus amigos!

Todo el mundo se volvió loco, gritando eufórico.

—¡Ahora tenemos también a la persona que nunca ha sido derrotada en esta carretera!, ¡a la que todos

damos las gracias por todos estos eventos que nos vuelven locos! ¡El JEFE!

»Y como no podían faltar, ¡nuestros dos kamikazes! Que irán detrás intentando destrozar el coche y hacer que no llegue abajo. ¿Serán capaces de conseguirlo? ¡Pues no se lo pierdan!

»Podremos ir viendo todo el recorrido por las pantallas. Como pueden ver tenemos cámaras en el interior del coche de Cristian, así que veremos todo lo que les suceda. También tenemos cámaras distribuidas a lo largo de la carretera y en los coches de persecución. No dejen de mirar las pantallas y hacer sus apuestas. ¿Serán capaces de llegar?

La tensión que se vivía en el coche era enorme. Sandra tenía ganas de vomitar debido a los nervios y Félix estaba a su lado intentando calmarla y pidiendo que, por favor, no vomitara, ya que todo pasaría rápido.

Ana iba de copiloto. Estaba muy nerviosa y le temblaban las piernas. En ese momento, Cristian le puso la mano sobre la pierna y la miró. Entonces la besó.

—Cuando lleguemos abajo te devolveré el tanga.

De golpe, el ambiente en el coche cambió.

—¡Qué tanga! ¿De qué estáis hablando?
—exclamaron Sandra y Félix. Ana y Cristian
comenzaron a reírse.

Aún se vivía tensión en el coche, pero ahora Cristian
podía conducir más tranquilo al haber calmado los
nervios a los demás.

Capítulo 13 - La bajada

**¿Llegarán bien a la playa? ¿Morirá alguien?
¿Que pasara? Eso solo lo podrás saber si
adquieres un ejemplar.**

**Para que veas que sigo siendo bueno, si
utilizas el código (Lectorpdf) los gastos de
envío serán gratuitos y un 5% de descuento,
que por ley es el máximo que puedo ofrecer.
Date prisa, antes que se agote. Esta oferta
será limitada en la primera edición.**